

He escrito unas palabras de introducción, pero deseo ofrecer una impresión nueva de lector y por eso no las cito, no las repito. Y me propongo hablar de “Antevíspera” y de la poesía del poeta chileno de la región del Maule — tan valiosa en líricos — para buscar nuevos ángulos sobre la poesía de Matías Rafide.

Creo que la poesía, una cierta poesía, se va quintaesenciando poco a poco, hasta hacerse vibración pura, que no es lo mismo que poesía pura, puesto que el poema — como este “Burbujas de papel” de Rafide — conserva una simbología cálida y en expansión, aunque contenida, apretada, como si el lirismo se contuviera en un núcleo de potencial dilatación.

Voy a los aforismos de Juan Ramón Jiménez, que tantas observaciones nos dejó sobre la poesía: “El arte puede ser muy rápido, a condición de que sea muy lento”. Rafide concentra para que su arte lírico pueda expandirse, de pronto, como una onda cálida (“Un niño/ sostiene burbujas/ de papel ajeno al tiempo.// Alza la noche con su índice./ Descifra augurios/ de los dioses... Labios/ que no escatiman alfabetos”). Está a un paso de la poesía pura, pero su arte, su simbología, sus insinuaciones simbólicas, son distintas.

Y Juan Ramón Jiménez acude, nuevamente, para recordarme: “Depuración de la forma es “únicamente” depuración de la idea”. Pienso que Rafide ha ido depurando sensaciones, desde un pensar solitario y solidario con la vida, en la vida. El pensar se hace símbolo como en “Esa mujer”: “Y falsos peces/ escapan como un soplo/ en medio de las sombras”. Y es así, que símbolos de los símbolos, esos arqueros sin pasado salen a combatir la ausencia. Son ráfagas, notas, esquemas, relámpagos (“Al final/ de la esquina/ niño idiota/ intenta sepultar/ la noche”).

El río “forastero ahito/ de máscaras y espectros” corre como una segunda realidad, pero ¿cuál es al fin la verdadera? ¿La imagen o el espejo? ¿El humo o la sombra? Y hay un ojo de pintor, desde los claroscuros rembrantianos o velazqueños o goyescos: “Mendigos/ esperan en vano/ en las tinieblas”. Y el mundo es “fosa de ausencias” mientras la soledad le dicta una invisible y silenciosa caligrafía, que también es real: “Estoy en una calle,/ ángel terrestre./ A la espera del hombre/ que olvidaron”.

Juan Ramón Jiménez pedía: “Una disciplina; pero acomodada cada día a cada día”. Matías Rafide ha ido esquematizándose, sin perder misterio ni extensión, sin dejar de ser intenso y contenido a la vez, y expandir, impulsar significaciones. Leyendo un poema de Rafide de hace treinta años, de su libro inicial “La Noria”, encuentro lo que va a ser en su poesía sucesiva una presencia desveladora: “Viajero de la nada/ vamos en marcha hacia un destino eterno/ donde se astilla el barco del Espacio y del Tiempo”.

Ya entonces, en ese 1950, el poeta nacido en Curepto, provincia de Talca, ha subido a ese barco del espacio y del tiempo, y ahora, en “Antevíspera”, al recordar al padre en su muerte, escribe Rafide: “Atrás quedan pájaros/ insomnes, ecos de pasos,/ ajenos sueños en/ espejos sonámbulos”. Y, así, el barco del espacio y el tiempo sigue su ruta.

Alberto Baeza Flores
Madrid, España

<https://doi.org/10.29393/At443-444-28TAVC10028>

LA TIERRA ES AZUL

Isabel Edwards Cruchaga.

Editorial Nascimento, 1981, Santiago, 140 páginas.

Tal vez han sido pocas las obras en las que la escritora Isabel Edwards Cruchaga se haya desenvuelto tan afortunadamente, en la expresión literaria, en su contenido existencial o

en su lenguaje — que profundiza con una mágica sencillez —, como en este libro de relatos que ha titulado “La tierra es azul”. La autora de “Cartas a un ladrón” — entre otros de sus volúmenes — se constituye, con su reciente libro, como una de las escritoras más representativas y valiosas de la narrativa contemporánea chilena, no porque, como nos consta, lleve a cabo su labor con una constancia y con una honradez ejemplares, sino porque sus creaciones adquieren una dimensión propia, donde los temas y las situaciones nos permiten caminar hasta el interior espiritual de una mujer que escribe verdades en un mundo estremecido y a menudo deprimente, porque el lector atento se da cuenta de que éste o el otro “creador” literarios están representándonos un escenario donde no han estado nunca, tal vez ni siquiera en sueños. Si bien el libro “La tierra es azul” está constituido por 19 cuentos cuya temática pudiera parecernos brece, ¡qué sobria resulta en ellos esa aspiración a la hondura que, seguramente sin proponérselo, les entrega Isabel Edwards!. En su primer relato, *vr. gr.*, llamado “Reflexiones frente a un zapato”, nos dice: “... Yo solamente escribo. No sé si alcance a expresar ideas, pero a veces tomo en mis manos un zapato, por ejemplo, lo examino, lo pongo sobre la mesa y, agarrando un lápiz, escribo sobre una hoja de papel: *zapato*... Si alguien lee aquello no comprende que esa palabra dice todo lo que he caminado en mi vida, toda la deformación de mis pies torcidos, y la enorme necesidad que existe de fabricar zapatos suaves; que no hieran a su amo...”

Cuentos, relatos como los que Isabel Edwards ha denominado “Los pájaros”, “La tierra es azul”, “Cocodrilo”, “Los amantes” (una pequeña joya de síntesis, profundidad y hermosura), ponen de relieve un destino literario que no se escapa con facilidad de los ojos y del alma. Quedan vibrando no precisamente como melodías sino como esas verdades que, más allá de experiencias o aventuras expresivas, se suceden en la mente del lector como cuadros de una exposición que no había visto jamás, pero que reconoce como emanados de su propia sangre.

Y no se trata de que Isabel Edwards Cruchaga recurra a la ligereza o la socorrida emotividad. Porque a veces sus versiones son restringidas, pero al ser expuestas en sus palabras claves, en sus propios climas, adquieren —siempre— un extraño poder de convicción. Como en su cuento intitulado “Cocodrilo”, en el que dice: ... (Una vez vi un fósil de dinosaurio. Dicen que los dinosaurios son de la misma familia de los cocodrilos y de las tortugas. Nadie recuerda haber visto un dinosaurio vivo, pero sabemos que existieron. Además nos extrañamos y admiramos de su enorme tamaño y muchos se enorgullecen de poseer un esqueleto suyo. ¡Son tan antiguos! Nos hace pensar en lo duradero de la tierra, en lo permanente de la especie que, aunque cambie y se modifique, se mantiene a través de millones de años. Los dinosaurios están dotados de una fuerte coraza, de una cola comprimida, de fuertes dientes y de una quilla dorsal. Son reptiles. Los reptiles siempre han sido odiados por el hombre. Parece existir una rivalidad que data desde los primeros tiempos. Pero el hombre conoce su superioridad sobre el reptil: camina recto, y puede volver los ojos al cielo, o inclinarse a examinar la tierra por donde pisa. Además, puede despreciar a los reptiles...)

Sobria, de clara inteligencia literaria, Isabel Edwards Cruchaga nos entrega en su obra “La tierra es azul” una dimensión personalísima de la realidad. Pero esa realidad es tan auténtica que en sus manos cobra don de obra de arte sin dejar de ser ella misma. Es decir, que la autora, sin abandonar sus propios universos y los ajenos, nos entrega ahora páginas que no se olvidan, verdades que no dejarán nunca de serlo.

Víctor Castro